

UN BANCO DE PARQUE

Sergio Gómez Hernández

Mira: ya se acerca el lector incansable de todas las tardes. Lleva un libro grueso bajo el brazo. Me interesa ese tipo de gente que viene y se sienta en mí a disfrutar de su lectura. Porque soy un banco; pero no uno de esos que se utilizan para guardar los ahorros o pedir préstamos, no. Soy un banco –por decirlo así– gratis. Es más, no quiero saber nada sobre dinero, y no sólo porque no lo pueda usar –eso resulta evidente–, sino porque puede que hoy, mañana o la semana que viene yo ya sea historia. Porque es posible que –como ya he dicho– hoy, mañana o la semana próxima vengan los del Ayuntamiento a llevarme, porque los del Ayuntamiento parecen haberme incluido en su PLAN DE ACTUACIÓN URBANÍSTICA Y REGENERACIÓN FORESTAL; aunque yo no tenga nada que ver con un árbol, tan solo por la madera con la que fui construido. Es decir, no tengo forma de árbol, simplemente fui creado a partir de madera de árbol, concretamente de nogal. Por eso, esto debe tomarse como mi último suspiro antes de que la muerte –ese misterioso ser sin rostro– me lleve para siempre. En realidad, supongo que no moriré –al menos en el sentido con el que se suele emplear esta palabra, como la muerte de un ser humano o una simple mosca–, sino que seré destruido y después reciclado o, en el peor de los casos, iré a parar a algún trastero hasta que el polvo me cubra y sea olvidado por todos, convirtiéndome en un objeto sin utilidad, en una especie de banco muerto-viviente.

La incertidumbre con respecto a mi futuro me preocupa mucho, a veces en exceso. Hago trabajar a mi imaginación pensando adónde me llevarán cuando haya sido reemplazado por un nuevo banco de hierro de los del Ayuntamiento, al parecer más bonitos y resistentes que los actuales de madera. Yo, por supuesto, no estoy de acuerdo. Fui concebido con madera de nogal de lo más resistente. Además, me reforzaron con una capa de barniz. Me la aplicó hace ya muchos años un carpintero en su taller. Recuerdo que una alfombra de serrín cubría el suelo y su mesa de trabajo, que hacían estornudar al carpintero que, con mucho esmero, me cubría de barniz.

El chico ha comenzado a leer su libro. Lo que no sabe es que he aprendido, con gran esfuerzo y paciencia, a leer letras, después palabras, luego frases enteras y, finalmente, todos los libros que lee –al menos en su idioma, porque cuando se sienta en

mí algún turista que lee en una lengua extranjera aprovecho para dormir un rato, y no es que no desee aprender nuevos idiomas, sino que los bancos como yo tenemos una memoria muy limitada—.

Me he cansado de leer. Pero el libro del chico no es el problema. El principal inconveniente es que no puedo hacer dos cosas a la vez: pensar y leer, mirar y pensar, leer y mirar... Ahora, por ejemplo, he decidido pensar un rato. Pero quiero dejar bien claro que me gusta más leer o, simplemente, oír a los pájaros cantar, u observar. Esto último lo hago cuando alguna pareja se sienta a charlar. Pero como en ese momento les estoy mirando, no puedo averiguar de qué hablan. Me limito a mirarles. Los hay que se cogen la mano, luego se abrazan y más tarde bajan la cabeza o se quedan mirando las estrellas durante algunos segundos —siempre que sea de noche y las estrellas brillen—. Por último, se dan un beso de despedida y cada uno se va por su lado.

El chico ha colocado su separador en la página número veinte. Después abre su mochila, saca un bocadillo y comienza a echar migas de pan a las palomas. Se ríe, parece estar feliz. Yo también me siento estupendamente viendo a las palomas descender de todas partes como por arte de magia. Luego, al aterrizar, comienzan a devorar las migas. Acompañan sus pasos hacia el festín con agradecidos movimientos de cabeza, como de reverencia hacia el chico, que se recuesta satisfecho y me abraza, chasquea sus dedos en mi respaldo, a veces silba o tararea alguna bella melodía...

El muchacho retoma su lectura. Debe ser un libro muy interesante. Lo cierra durante un instante y me sacude las migas que me han caído, me limpia y me reconforta con el calor de su mano. También me quita una colilla de encima y las plumas que han ido dejando las palomas a lo largo del día. Me agradan mucho las palomas, pero mucho más el estar limpio. Debo de ser el más coqueto del Parque de los Patos. Tal vez hubiera patos aquí en lugar de palomas, pero sería hace muchísimo tiempo, porque yo aún no estaba. De todas formas me alegro de que así sea, pues tengo entendido que los patos son mucho más ruidosos que mis queridas palomas.

El chico ya se ha comido su bocadillo. Echa un vistazo a su reloj, pero no alcanzo a ver la hora, ni falta que me hace, porque por la posición del sol me guío la mar de bien. Además ahora estoy recordando, por tanto no puedo interpretar el extraño

significado de las minúsculas manecillas. Deben de ser las seis. El muchacho aspira hondo, lo noto, y echa la cabeza hacia atrás. Aunque tengo un respaldo bien robusto, lo paso bastante mal cuando algún desaprensivo se sienta sobre él. Suelen hacerlo los escolares que salen chillando y riendo de clase, seguramente de matemáticas, con los ojos cansados y las mejillas coloradas. Entran corriendo al parque y me llenan de cáscaras de pipas, bolsas de patatas y toda clase de latas de refrescos y botellas de leche. Cuando juegan al fútbol, a veces me usan como portería y me llevo unos pelotazos de muerte. Si el guardameta es algo torpe se choca contra mí, se hace una herida en la rodilla o en algún dedo y me deja unas gotitas de sangre que tardan días en irse. Así que, si nadie me limpia a conciencia, tengo que esperar a que llueva para estar presentable, para que algún niño pueda descansar en el viejo banco, o algún hombre de negocios después de un duro día de trabajo...

El chico abre de nuevo el libro. Se lo va acercando cada vez más a los ojos porque la luz de la tarde se va yendo y las farolas no se encienden; el ahorro de luz también debe de formar parte del PLAN DE ACTUACIÓN URBANÍSTICA Y REGENERACIÓN FORESTAL. La madre del chico lo llama a gritos: es hora de cenar. Es en esta hora cuando más triste me encuentro, porque no necesito cenar y me siento extraño y solo, aunque también orgulloso de haber cumplido con mi función pública durante el día. Rara vez me molestan por la noche. Sólo algún mendigo se acuesta y no me deja dormir a causa de sus ronquidos. A cada ronquido, el vagabundo parece que va a ahogarse. Desvelado, aprovecho para mirar las estrellas, y vuelo con mi imaginación a lugares donde me gustaría servir a la gente de descanso: en un museo parisino; en un café vienés; en una calle medieval toledana; a bordo de un crucero por el Mediterráneo...

El chico se fue a su casa y todo está oscuro. Al levantarse se le cayó al suelo el separador de páginas. Traté de avisarlo pero no me oyó. Fue una lástima porque vino una fuerte racha y lo arrastró hasta un charco, y allá iba el separador, navegando como una hoja seca, hasta que terminó por ablandarse y hundirse, dejándolo inservible para siempre.

* * *

He cambiado de aires. Hace dos días vinieron los del Ayuntamiento y me dejaron aquí, en la Calle de los Cubos, que desemboca en la calle Oliver, donde hay una tienda de muebles, cuadros y otros objetos antiguos. Echo de menos mi parque, mis palomas y sobre todo mi lector habitual de las tardes. Recuerdo que llegaron dos hombres a primera hora de la mañana, despertaron y echaron al mendigo al suelo con muy poca educación e intentaron levantarme. Debo de pesar mucho, porque necesitaron la ayuda de un tercer operario para introducirme en una furgoneta. Me trajeron, como ya he dicho, a la Calle de los Cubos, colocándome al lado de unos contenedores de basura. ¡Cuánto añoro el Parque de los Patos! ¿Qué será de mí? Ahora sólo se acercan las moscas, porque huelo a pescado podrido. Ayer mismo alguien me arrojó desde una ventana una bolsa llena de desperdicios. Me dio un buen susto y me hizo muchísimo daño. Tengo la sensación de llevar aquí meses, qué digo, ¡toda una eternidad al lado de los cubos! Cuando la gente pasa delante de mí –donde estoy no deja de ser una calle transitada por personas, aunque son pocas y siempre llevan mucha prisa–, me siento observado. Es una sensación espantosa.

Ayer vinieron otra vez los tres empleados del Ayuntamiento y me introdujeron de nuevo en la furgoneta. Me temí lo peor. Creí que me llevaban a algún vertedero, aunque por suerte no fue así. Actualmente me encuentro en una especie de almacén. Toda la pared está cubierta de estanterías repletas de libros olvidados, viejos y sucios, aunque bonitos, innumerables ficheros y frascos y botellas vacías. El calor es sofocante y apenas entra luz y aire fresco del exterior. No parezco interesarle a nadie. Supongo que no sabrán qué hacer conmigo. Yo soy un banco de parque, porque mi profesión, aunque tediosa a veces –lo reconozco–, lo es todo para mí. Necesito gente que se siente sobre mí a descansar; a leer el periódico o una novela de aventuras; que me den palmaditas pero sin despreciarme. ¡Lo más importante es que no se olviden de mí! Y eso es justo lo que han hecho: estoy cubierto de polvo y telarañas. Desde que abandoné el Parque de los Patos nadie me ha limpiado, ni siquiera un suave soplido... ¡es el colmo!

Los del Ayuntamiento me han trasladado a infinidad de lugares en las últimas semanas: a un pasillo de un hospital, al patio de una escuela, ¡he ido incluso a la Facultad! Un operario vino un día y me dio una ducha bien fría, mi corazoncito se llenó de alegría y mi tía se llamaba María... Aunque estaría bien ser poeta, no nací para eso,

sólo soy un humilde banco de parque. Un día, ya de vuelta en el almacén, traté de hacérselo saber a un operario. Se lo grité varias veces. Lo extraño es que pareció entenderme. Me miró, una lágrima descendió por su mejilla y la atrapó con la lengua. Parecía avergonzado, aunque yo fuera el único testigo de su sollozo. A mi modo de ver, no había por qué avergonzarse. El hombre sacó un gran pañuelo a cuadros, como un tablero de ajedrez y, en vez de secarse las lagrimitas o el sudor que le caía de la frente, me limpió a mí. El pañuelo era suave como la seda. Luego se sentó, apoyó los brazos en mi respaldo y encendió un cigarrillo. Después de unos segundos, empezó a echar humo por la nariz como una chimenea. Parecía más aliviado. Me dijo: «¿Sabes? Creo que eres un banco especial. Y muy cómodo por cierto... ¡Aunque estás algo descuidado! Mañana te limpiaré y te llevaré a la tienda de un buen amigo mío».

Al día siguiente me trasladaron a la tienda de antigüedades de la calle Oliver. Allí todo cambió. Recobré el ánimo perdido. Estaba reluciente. El dueño de la tienda me limpiaba el polvo a diario. Le tuve que caer muy bien porque me colocó justo en el centro del escaparate, entre elegantes espejos y sobre hermosas alfombras que parecían traídas del Lejano Oriente. Hasta que un día, como en un cuento con final feliz, un anciano vino a la tienda con su nieta. El anciano estaba muy interesado en mí y su nieta como loca de contenta. Fue muy halagador. No sé cuánto pagaron por mí –porque el dinero sigue sin interesarme–, pero lo que sé es que me llevaron a una granja, donde he encontrado un nuevo hogar. A veces lloro de nostalgia evocando el Parque de los Patos, o cuando pienso en el amable operario del Ayuntamiento que me rescató del almacén. Pero he de pensar en el presente y olvidarme del pasado. Y el futuro... Bueno, el futuro está aún por escribir, pero esa será otra historia.

FIN

Críticas y comentarios: sergio.gomez.hernandez@gmail.com

